

do que las tropas que le habia mandado levantar iban á emplearse en favor de los mejicanos, se indignó de tal suerte que mandó hacer pedazos á los mensajeros, en medio de la plaza, y prorrumpiendo en injurias contra el príncipe, se declaró traidor, amotinando contra él la gente, no solo de su territorio, sino toda la de mas que habia levantado en nombre del príncipe en sus dominios hereditarios. Mas como la mayor parte de estos eran leales vasallos, y amaban mucho á su señor, se retiraron prontamente del campo de Huexotla, y vinieron á Tezcoco á dar el aviso á su soberano. Mandó á su hermano prontamente que recibiese y que alistase á todos los que venian de Huexotla, y al mismo tiempo levantase toda la gente que pudiese, así dentro de la ciudad como en sus contornos. Hizolo así el infante con mucha brevedad y destreza, y como perito en el arte de guerra, procuró con toda diligencia guarnecer bien las fronteras de Huexotla, para impedir cualquiera accion que pudiese intentar el traidor Iztla-cauhtzin, estando tan inmediato á la ciudad de Tezcoco.

## CAPITULO LIII.

*Manda el señor de Chalco despedazar á Quateotzin porque dio libertad á los mejicanos, y procura reconciliarse con Nezahualcoyotl, que le desprecia y amenaza. Pasa el príncipe secretamente á Méjico; reconoce sus fortificaciones y tropas, y da las órdenes convenientes para avanzar por diversas partes en los estados de Azcapuzalco. Vuelve á Tezcoco, envia el socorro á Méjico, y él se embarca con su tropa. Entran por cuatro partes las tierras de Azcapuzalco, y en todas se combate con ardor, hasta rechazar á los enemigos, y les ganan los mejicanos una trinchera muy fuerte.*

Grande fué el contento y alegría del príncipe cuando llegaron á su presencia Moteuhzuma y Tepolomichin, porque habia ya consentido en que no volverian vivos de su comision. Condolióse mucho de sus trabajos, y procuró animarlos; y considerando el sumo cuidado en que estaria Itzcohuatl, determinó que Tepolomichin y Tepuchtlí volviesen á Méjico, y le diesen noticia de todo lo acaecido, asegurándole que luego que llegasen las tropas de Huexutzinco y Tlaxcallan, marcharia en su socorro, y quiso que el infante Moteuhzuma se quedase en su compañía.

Partieron luego los dos caballeros, y habiendo escapado felizmente de los enemigos, arribaron á Méjico, y su llegada fué para todos de mucha alegría; porque ya pronosticaban infeliz suceso de su tardanza. Dieron cuenta de todo á Itzcohuatl, y la esperanza del próximo socorro infundió nuevo aliento en los sitiados.

Poco rato despues de haber partido estos caballeros, avisaron al principe que acababan de llegar unos mensageros del rey de Chalco que querian hablarle. Mandóles entrar, y ellos lo hicieron con muchas demostraciones de rendimiento y veneracion, y le dijeron que su rey los mandaba á dar una entera y cumplida satisfaccion de sus procederes, en que no habia tenido parte alguna el ódio ni desafecto, sino ántes por el contrario el mucho amor y lealtad que le tenia, y el que le impelia á desear que todos los que fueron cómplices y contribuyeron á sus desgracias y trabajos experimentasen el merecido castigo: y así al ver que no solo dejaba sin escarmiento la perfidia de los mejicanos, que tanta parte tuvieron en ello, sino que intentaba protegerlos, le cegó su pasion, transportándole á los excesos que cometió; mas habiendo vuelto sobre sí, y reconociendo que el verdadero amor y lealtad se manifiesta perfectamente en deponer el propio dictámen por complacer á la persona amada, habia resuelto ejecutarlo así, pidiéndole perdon de sus yerros, y ofreciéndose á servirle y auxiliarle con sus tropas en favor de los mejicanos.

Esta repentina mudanza del de Chalco nació de que habiendo vuelto los mensageros de Azcapuzalco, y dándole la respuesta desabrida de Maxtla, mandó sacar de la jaula á los presos, y que los despedazasen en medio de la plaza; mas sabiendo luego su fuga por orden de Quateotzin, volvió contra él todo su enojo, y mandó que sin dilacion le quitasen la vida, y á su muger, hijos y criados, y á los guardas de las jaulas, y así se ejecutó, sin que escapasen mas que dos hijos de Quateotzin, uno varon, y una muger, á quienes

despues amparó y favoreció mucho en Méjico Moteuhzuma.

Viéndose despues el chalca despreciado de los huexutzincas, amenazado de Maxtla, y que en vez de grangear amigos con su torpe accion, como se habia figurado, habia aumentado el número de sus enemigos, intentó ponerse á cubierto, reconciliándose con Nezahualcoyotl; mas este prudente principe, habiendo oido la embajada, respondió á los mensageros de esta suerte: „Decid á vuestro rey que si yo procediera tan „ villanamente como él, la respuesta que daria á su „ mensaje seria mandaros hacer pedazos; pero que en „ mi pecho no tiene lugar la venganza, y mucho mé- „ nos la crueldad, para ejecutarla en los inocentes, si- „ no la justicia para castigar traiciones y alevosias: „ que no necesito de su socorro para amparar á los me- „ jicanos, porque me sobran amigos fieles, y vasallos „ leales que me ayuden á la empresa: que procure te- „ ner sus tropas bien apercebidas, porque en socorrien- „ do á los mejicanos, volveré sobre él á destruirle.”

Partieron confusos los mensageros con esta respuesta, y el de Chalco luego que la supo, procuró guarnecer bien sus fronteras, cortando enteramente la comunicacion entre sus vasallos, y los de Tezcoco.

Por instantes esperaba el principe que llegasen las tropas de sus aliados, y el infante Quautlehuanitzin se habia dado buena prisa en juntar gente y levantar tropas en los estados hereditarios, de suerte que contaba ya mas de cien mil hombres, y los tenia alojados en los campos de Acolman, Chiauh-tla, y los contornos de Tezcoco. Pero ántes de emprender accion alguna quisiera el principe ver por sí mismo el estado en que

se hallaban las ciudades de Méjico y Tlatelolco, el número de tropas y gefes que tenían, y tratar con los reyes Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin sobre el orden y disposiciones de la guerra; y así impelido de su eficacia, y gobernado de su ardiente espíritu, determinó pasar personalmente á Méjico de secreto, y ya entrada la noche se embarcó sin ser sentido, llevando solo en su compañía á Motehuzuma, y algunos pocos criados de su confianza. Navegó felizmente, y al amanecer desembarcó en Tlatelolco por la ribera de Levante, donde está ahora la albarrada de San Lázaro.

Grande fué el alborozo de los mejicanos cuando lo vieron, y dando prontamente aviso á sus reyes, salieron estos á encontrarlo, manifestándole en los semblantes el regocijo y en las expresiones la gratitud. No habia tiempo que perder, y así en el corto rato que reposó dijo á los reyes el fin de su venida, y volvió á salir con ellos á reconocer las fortificaciones de la ciudad. Se le presentó la tropa, cuyo número pasaba de setenta mil hombres (1); todos sus gefes llegaron á saludarle, y él correspondió á todos con mucha urbanidad.

(1) Aquí hay exageracion, ó grande equivocacion. No podian las dos ciudades de Méjico y Tlatelolco solas armar un ejército tan numeroso. Es verdad que cuando se defendieron de Cortez murieron durante el sitio mas de ciento cincuenta mil, y que apoderados los españoles de Méjico, y habiendo mandado salir de la ciudad á los habitantes, estuvieron tres dias y tres noches llenos los tres caminos de la gente que iba á refugiarse á otros lugares, lo cual prueba que era numerosísima la poblacion de esta ciudad; pero en la época de que vamos hablando no habia llegado al grado de esplendor en que la hallaron los españoles, por las conquistas que hicieron sus reyes en cerca de un

Restituyóse al palacio de Itzcohuatl á tratar con él y con Quauhtlatohuatzin, y otros gefes principales, sobre el orden y modo en que habian de acometer al enemigo. Quedó pues acordado, que luego que acabasen de juntarse las tropas auxiliares enviaria el príncipe doscientos y cincuenta mil hombres á Méjico: que los dos reyes con sus tropas mejicanas y tlatelolcas acometerian en derechura por las fronteras de Azcapuzalco. Que el infante Motehuzuma con cien mil hombres de los que enviaria Nezahualcoyotl habia de entrar por Tlacopan. Que el infante Tlacaeltzin con otros cien mil habia de avanzar una trinchera y casas fuertes que tenían los enemigos, en el parage donde se juntan los dos rios de Azcapuzalco y Tlalnepantla, entre la dicha ciudad de Azcapuzalco y el cerro de Tepeyacac, y que Nezahualcoyotl con el resto de sus tropas vendria á desembarcar á la misma falda del dicho cerro Tepeyacac, y entraria por allí corriendo la ribera de dichos rios, talando y destruyendo todas las poblaciones que habia en ellas hasta Azcapuzalco. Que el avance habia de ser á un tiempo por todas partes, para cuyo efecto, luego que el príncipe desembarcase su tropa, haria poner una lumbrada en lo alto del cerro de Quauhtepéc, contiguo al de Tepeyacac, pero mas elevado, y luego que la viesen avanzasen todos á un tiempo, cada uno por la parte que le tocaba; y finalmente que se pusiese bue-

siglo que intermedió de una á otra época: pudiendo decirse que en el reinado de Itzcohuatl no habia en realidad como en el de Moctenzuma imperio mejicano, sino que este empezaba á formarse, y estaba por entónces reducido á la ciudad de Méjico.  
—E.

na guarnicion en Culhuacan, para impedir cualquiera accion que pudieran intentar por allí los xochimilcas, aliados del emperador, que eran poderosos.

Llegado el medio dia sirvieron al príncipe un abundante y espléndido banquete, que duró hasta media tarde, y al acabar de comer llegaron ciertas espías, dando noticia de que el emperador Maxtla tenia acampado en los contornos de su corte un formidable ejército que llegaba á trescientos mil hombres, cuyo mando habia entregado á un valiente y esforzado general, llamado Mazatl, y que estaba determinado para de allí á tres dias acometer á las ciudades de Méjico y Tlatelolco con todo este ejército. En vista de esta novedad determinó acelerar las cosas, para acometer primero y llevar al pais enemigo la guerra, sin esperar á que ellos lo hiciesen: para lo cual ofreció el príncipe que aunque no hubiesen llegado todas las tropas auxiliares, enviaria al dia siguiente todo el mayor número que pudiese, para que dividido entre los dos infantes acometiesen por los parages determinados, al mismo tiempo que los reyes por las fronteras de Azcapuzalco, y que él con la tropa que le quedase iria por Tepeyacac, como estaba acordado, y que esto fuese de allí á dos dias muy de mañana, que era el señalado con el geroglífico de once conejos, y segun mi cómputo fué el doce de febrero del año de 1428.

Luego que anocheció se embarcó el príncipe con solos sus criados, y caminó sin hallar embarazo, porque los enemigos se habian retirado á Azcapuzalco para sus prevenciones. A mas de media noche llegó á Tezcoco, y halló la noticia de haber llegado ya la tropa de Huexutzinco, que la venian mandando sus mis-

mos señores Xayacamachan y Quauhtepetl, que estos son los nombres que les dan en esta ocasion. En cuanto al primero no hay variacion, pero sí en el segundo, que no dicen si es el mismo que Temayahuatzin, de quien ya dijimos al capítulo L que estaba gobernando en compañía de Xayacamachan, cuando la fuga de Nezahualcoyotl, ó es otro distinto que sucedió en su lugar.

Tambien habian ya llegado las tropas auxiliares de Chollolan, Tepeyacac, y otras partes, y aunque faltaban todavía las de Tlaxcallan, las que habia juntas componian el número de trescientos mil combatientes.

El ardiente espíritu del príncipe no le permitió tomar reposo, sino que inmediatamente comenzó á dar las órdenes convenientes para que muy de mañana marchase á Méjico la gente, para cuyo transporte tenia ya prevenido de antemano el infante Quauhtlehuanitzin copioso número de canoas, y habiendo hecho embarcar en ellas la gente, ántes de salir el sol navegaban ya para Méjico.

Cuando llegaron á parage en que pudieron ser vistos de los enemigos que guardaban las fortificaciones de las fronteras en las riberas de la laguna, quedaron estos asombrados al ver aquella multitud, y creyendo que iban á echarse sobre sus costas, dieron aviso prontamente á su soberano. Conturbóse Maxtla al oirlo, no haciéndosele posible que pudiese el príncipe haber juntado tan formidable ejército, y llamando luego á su general Mazatl le ordenó que apercibiese brevemente sus tropas, y marchase con ellas á la ribera de la laguna, para impedir el desembarco. Ejecutólo así el general, é hizo marchar con prontitud toda la gente que pudo.

Entretanto se fueron acercando las tropas de Tezco-  
co, y llegaron á tomar puerto las canoas en la costa  
oriental de Tlatelolco. Con esto calmó algun tanto el  
susto de los tecpanecas: pero siempre quedaron cuidado-  
sos viendo á Méjico tan guarnecido, y no pensaban ya  
en acometerle.

Al dia siguiente muy de madrugada se embarcó  
Nezahualcoyotl con su tropa, que pasaba de cincuenta  
mil hombres, mandados en gefe por él, y bajo sus ór-  
denes por el infante Quauhtlehuauitzin su hermano, los  
príncipes Tzontecohuatl y Acolmiton sus sobrinos y  
Xayacamachan señor y general de los huexutzincas con  
alguna de su gente, porque la mayor parte fué á Mé-  
jico con Quauhtepetl, y otros muchos valientes capita-  
nes. Nezahualcoyotl dió la orden á toda su gente de  
llevar armas lisas, sin plumas ni adorno alguno, y de  
que tampoco llevasen en su cuerpo joyas, ni otro ade-  
rezo de los que acostumbraban ponerse quando salian á  
campana, sino que fuesen todos vestidos de mantas  
blancas, sin labor alguna.

Al salir el sol llegó á las faldas de Tepeyacac, y  
haciendo desembarcar prontamente su tropa y ponerla  
en orden, mandó encender la lumbrada en la cima del  
cerro de Quauhtepec. Luego que vieron la seña los  
mejicanos, que ya estaban apercebidos, saltaron pron-  
tamente en las canoas para atravesar el corto trecho de  
la laguna que mediaba, y embistieron á un tiempo por  
los tres lados, con tanta furia, que no pudieron los  
enemigos estorbarles el desembarco. Comenzóse la  
batalla en las costas de Azcapuzalco, con tanto ardi-  
miento de una y otra parte que corrian arroyos de san-  
gre. El valeroso infante Tlacaeltzin acometió con su

gente las trincheras y casas fuertes, con tal ímpetu,  
que hizo en los enemigos un horrible estrago, y á no  
ser tan numerosa su guarnicion del primer avance, se  
hubiera apoderado de ellas.

Peleóse valientemente de una y otra parte hasta  
el medio dia, que llegó el príncipe Nezahualcoyotl,  
quien habiendo corrido desde el Tepeyacac las riberas  
de los rios, entrando á fuego y sangre las poblaciones  
que encontró sin hallar resistencia, embistió por el cos-  
tado á las casas fuertes de tal manera, que en breve  
tiempo obligó á los enemigos á desampararlas, y apo-  
derándose de ellas, procuró guarnecerlas con su gente,  
interin que los enemigos retirándose fueron á unirse al  
cuerpo del ejército donde mandaba el general Mazatl,  
quien con los suyos habia recibido el ataque de los me-  
jicanos y tlatelolcas mandados por sus reyes. Aquí fué  
lo mas crudo del combate, porque aunque los mejicanos  
del primer avance arrollaron á los enemigos, haciéndo-  
les retirar mucho trecho, y ganándoles una zanja ancha  
y profunda que habian hecho cerca de un lugar llama-  
do Petatlalcalco, que servia de foso á la trinchera que  
habian levantado y fortificado de la banda de Azcapu-  
zalco con la misma tierra que de ella habian sacado,  
volvieron despues sobre los mejicanos con tanto ímpetu,  
que les hicieron repasar la zanja, haciéndolos retirar  
hasta las orillas de la laguna, y les pusieron en tal con-  
flicto, que ya á la media tarde desmayaban y volvian  
la espalda, para irse á favorecer á sus canoas, confie-  
sándose rendidos, y prorrumpiendo en algunas voces  
indignas en aplauso de los enemigos, á quienes pedian  
clemencia. Llegaron estas voces á los oidos de Itzco-  
huatl, y fué tanto su enojo, que tratándolos de villanos

y cobardes, hubiera empleado de mejor gana su valor contra los que las profirieron, que contra los enemigos.

A esta sazón llegaron por la derecha el príncipe Nezahualcoyotl y el infante Tlacaeltzin, que habiendo dejado bien guarnecidas las trincheras y casas fuertes que ganaron á los enemigos, vinieron con el resto de su tropa al socorro de los mejicanos. Casi al mismo tiempo llegó por la izquierda el infante Moteuhzuma, que habia entrado con su gente por el lado de Tlacopan. No fué igual la resistencia que hicieron por aquí los enemigos, aunque bien fortificados en la ciudad de Tlacopan. Porque Totoquiyauhtzin, señor de ella, aunque de nacion tecpaneca, y descendiente de la casa de Azcapuzalco, favorecia secretamente el partido de Nezahualcoyotl, y así aunque fingieron resistir la entrada al infante, al primer avance se entregaron, y entró con su ejército en la ciudad sin hacer daño, y dejando competente guarnicion en aquella poblacion, marchó sin detenerse con el resto de su gente á unirse á la de su tío. Con estos socorros tan á tiempo, y animados los mejicanos con las voces y ejemplos de sus reyes y príncipes, revolvieron sobre sus enemigos con tanto ardor y esfuerzo que en breve tiempo volvieron á ganarles la zanja, haciéndoles retirar hasta otra que tenian más á dentro en el paraje que llamaban Mazatzintamalco.

Entraba ya la noche, y así no les pareció conveniente á los generales seguir al alcance á los enemigos, sino recoger su gente, y fortificarse en la zanja de Petlatalco, dando algun reposo á la tropa, hasta el dia siguiente. Lo mismo hicieron los tecpanecas, recogiendo y reconociendo su gente, que unida en un cuerpo con los que se habian retirado de las casas fuertes y

Tlacopan, pasaba su número de trescientos mil combatientes, con los que determinó su general fortificarse en la zanja de Mazatzintamalco. Era esta mas ancha y profunda que la de Petlatalco, mas elevado su parapeto, y circunbalaba enteramente toda la gran ciudad de Azcapuzalco, de suerte que le formaba una especie de muralla. Determinó el general Mazatl guarnecerla toda en contorno, y esperar allí el ataque de los enemigos.

Luego que fué de dia ordenaron los mejicanos su gente, y marchó todo el grueso del ejército en demanda de los enemigos; mas apenas llegaron á reconocer la fortificacion concibieron la suma dificultad de la empresa para avanzarla; y el poco ó ningun efecto que podian hacer sus armas en ellos, resguardados de aquel parapeto; y así juntándose los generales á conferir sobre el asunto, resolvieron sitiar la fortaleza, para impedir que les entrase socorro, y menudear los asaltos ya por uno, ya por otro lado segun pareciese conveniente. Sin embargo de la gente que habian perdido los mejicanos, y la mucha que estaba ocupada en las fortificaciones que habian ganado, pasaba el ejército de los aliados de cuatrocientos mil hombres, porque aquel mismo dia llegaron las tropas de Tlaxcallan, y de otras partes de donde las habia pedido el príncipe Nezahualcoyotl. Dividióse este ejército en cuatro partes iguales, de las cuales mandaban una los dos reyes de Méjico y Tlatelolco, que acamparon al Levante de Azcapuzalco, resguardada la espalda con la fortificacion de Petlatalco, y sus canoas ancladas en aquella ribera, para asegurar la comunicacion con Méjico. Por el Norte acampó el infante Tlacaeltzin, al abrigo de las casas fuer-

tes que ganó y le aseguraban tambien la comunicacion con sus canoas ancladas en aquella costa. El infante Moteuhzuma á quien acompañaba Quautepetl, otro de los gefes huexutzincas, tomó el lado del Sur, al abrigo de la guarnicion de Tlacopan. El príncipe Nezahualcoyotl reservó para sí la parte del Poniente, que era lo más peligroso, porque teniendo á la espalda todo el reino de los tecpanecas, no solo no tenia resguardo ni retirada, sino que era preciso que la mayor parte de los socorros que viniesen de Azcapuzalco de la tierra dentro tropesasen con él. Ordenó cada uno su gente por la parte que le tocó, extendiendo sus alas de uno y otro lado para la comunicacion, con lo que quedó acordonada toda la tropa, y enteramente sitiada toda la fortificacion.

## CAPITULO LIV.

*Continúa el sitio de la fortaleza de Mazatzintamalco, y el general Mazatl hace juntar los socorros en Tenayocan, y que embistan á los sitiadores por lo espalda mientras él lo hace por el frente. Dase una gran batalla, en que mueren muchos de ambas partes, y entre ellos el general Mazatl. Ganan los aliados la fortificacion, y entran en Azcapuzalco macana en mano. Maxtla se esconde en un baño, de donde le sacan y llevan á la plaza, y alli le da muerte Nezahualcoyotl. Manda sacarle el corazon y esparcir la sangre, y hace quemar el cuerpo. Da la ciudad á saco á la tropa, que dura dos dias. Sale el ejército victorioso á continuar la conquista del reino tecpaneca, y se apodera de todas las poblaciones situadas al Norte de Azcapuzalco, en que gasta el resto del año, y se restituye á Méjico, donde se hacen muchas fiestas.*

Toda la tropa de los aliados, especialmente la mejicana, estaba muy lucida y ricamente vestida á su usanza, porque las ropas eran labradas de diversos colores, adornados de joyas, y con vistosos penachos de plumas en las cabezas. No eran ménos vistosas las rodela's tambien de plumas, las macanas, arcos y flechas pintadas de varios colores. Solamente la tropa que mandaba el príncipe Nezahualcoyotl estaba sin adorno alguno en las personas, ni en las armas, porque así lo habia mandado. Causóles esto algun desabrimiento, porque estaban como avergonzados á vista de los demas, y algunos comenzaron á murmurar de la orden del príncipe.